

MUSEOS Y PARQUES NATURALES:

COMUNIDADES LOCALES, ADMINISTRACIONES PÚBLICAS Y PATRIMONIALIZACIÓN DE LA CULTURA Y LA NATURALEZA

Iñaki Arrieta Urtizberea (ed.)



Universidad Euskal Herriko
del País Vasco Unibertsitatea

ARGITALPEN
ZERBITZUA
SERVICIO EDITORIAL



© Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua
 Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco

ISBN: 978-84-9860-448-1

Lege gordailua / Depósito legal: BI-2905-2010

Fotokonposizioa / Fotocomposición: Rali, S.A.
 Particular de Costa, 8-10 - 48010 Bilbao

Inprimatzea / Impresión: Gráficas Berriz, S.A.
 Murueta, 23 - 48220 Abadiño

Índice

<i>Patrimonialización cultural y natural: un proceso, múltiples aproximaciones.</i> Iñaki Arrieta Urtizberea	11
--	----

PARTE I

MUSEOS, COMUNIDADES LOCALES, TURISMO Y REDES

<i>Comment être un musée de ville au service des citoyens? Un parcours et quelques pistes d'action.</i> Jean-François Leclerc	21
<i>Los museos comunitarios de Kuna Yala y la memoria histórica.</i> Anelio Merry López	43
<i>Turismo y museos en la ciudad de Valencia.</i> Javier Martí	63
<i>La Red de Museos Etnográficos de Asturias: proyecto y realidad.</i> Juaco López Álvarez	91

PARTE II

PARQUES NATURALES, COMUNIDADES LOCALES Y ADMINISTRACIONES PÚBLICAS

<i>Culturas campesinas y conservación del patrimonio natur-rural.</i> Jaime Izquierdo	109
<i>Faire et savoir faire un « territoire patrimonial » : Parc naturel régional du Haut-Jura (France).</i> Olivier Givre	135
<i>Espacios naturales y especies salvajes. La construcción de la naturaleza como patrimonio en el Pallars Sobirà, Pirineo catalán.</i> Oriol Beltran e Ismael Vaccaro	159

PARTE III

MUSEOS Y UNIVERSIDADES

L'histoire au cœur de la cité : l'exemple du laboratoire d'histoire et de patrimoine de Montréal. Joanne Burgess 191

Patrimonialización cultural y natural: un proceso, múltiples aproximaciones¹

Iñaki Arrieta Urtizberea

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

En esta introducción no pretendemos retomar aquellas cuestiones que han originado grandes debates acerca de las especificidades de lo cultural y lo natural y sus interrelaciones. Simplemente quisiéramos aquí hacer hincapié en algunas de las reflexiones que se vienen dando en el campo patrimonial como consecuencia de esas especificidades y que se abordan en los artículos que constituyen la segunda parte de esta publicación. Esas reflexiones se centran en las limitaciones conceptuales, metodológicas, prácticas y sociales que la dicotomía cultura/naturaleza y la de su secuela patrimonio cultural/patrimonio natural originan. Nos centraremos en aquellas que abordan los procesos de legitimación y consolidación de la primera dicotomía y que condujeron a la división del campo patrimonial en dos grandes esferas, prácticamente independientes. A este respecto abogamos para que lo cultural y lo natural no se consideren elementos independientes, sino unidades interrelacionadas, partícipes de un sistema biocultural complejo.

En cuanto a su origen, podemos decir que la separación entre lo natural y lo cultural comenzó a consolidarse en el XVIII, cuando los pensadores del Siglo de las Luces concibieron la cultura como lo específico del ser humano, considerándola –aunque no solamente– sinónimo de progreso, evolución, educación o razón (Cuche, 2002: 11). Concebida de esa manera, en la Francia de aquel siglo el término de «cultura» se equiparó, en líneas generales, al de «civilización», entendiendo como civilización el proceso de mejora de las instituciones sociales, o lo que es lo mismo, el *progreso*. Partiendo de esa premisa, los países occidentales se consideraban ubicados en el estadio más

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto investigación *Procesos de patrimonialización de la naturaleza y la cultura. Posicionamientos locales y articulaciones globales* del Ministerio de Educación y Ciencia (CSO2008-05065/SOCI).

avanzado de dicho progreso y los pueblos *salvajes*, *primitivos* o *naturales* en los albores del mismo. Aunque algunos filósofos ilustrados mostraron su rechazo a esas definiciones de cultura y civilización, éstas echaron raíces en el territorio galo, difundándose posteriormente entre las élites políticas y científicas europeas, salvo en Alemania. A este respecto debemos destacar la distinción que entre los conceptos de «cultura» y de «civilización» manejaban burgueses y aristócratas en Alemania mientras rivalizaban por hacerse con el poder político. El término de «cultura» lo manejaron los burgueses; el de «civilización», los aristócratas. En el ámbito de la burguesía lo cultural se equiparó a lo auténtico, lo idiosincrásico o lo local alemán, estableciendo, por tanto, unas diferencias conceptuales con el de «civilización». No obstante, el significado de ambos conceptos –tal y como se definieron en Francia– se afianzó entre la élite política y científica de la época, especialmente cuando se trataba de abordar la cuestión de las naciones, pueblos o comunidades no occidentales.

Así los países civilizados occidentales se diferenciaban de las comunidades *primitivas*, *salvajes* o *sin escritura* en el «respeto por la naturaleza» (Velasco y Díaz de Rada, 2003: 86) que los primeros habían perdido: «adaptar la naturaleza a los fines propios del hombre, son, en conjunto, muy bajos entre los salvajes, medianos entre los bárbaros, y muy altos entre las modernas naciones ilustradas» (Tylor, 1977: 42, la primera edición en inglés de esta obra del fundador de la Antropología social y cultural es de 1871). La civilización y la cultura –considerada como sinónimo de la civilización– marcaban una diferencia con lo natural, resumiéndolo Friedrich Ratzel cuando afirmaba que «hablamos de grados de cultura, de cultura baja y elevada, de semi-civilización y sobre todo ponemos frente a frente a los pueblos naturales y a los civilizados; de todo lo cual se desprende que, al estudiar las distintas civilizaciones de los pueblos que cubren la tierra, partimos de una medida determinada, y que esta medida no es otra que el grado de civilización alcanzado por nosotros» (1888: 11). Como se puede advertir, no era solamente una cuestión conceptual de un mayor o menor distanciamiento entre lo cultural y lo natural, sino también de la existencia de un mayor o menor *progreso* en todos los órdenes sociales y culturales, partiendo de un patrón básico o modelo del *progreso*: el del grupo social constituido por varones, blancos, católicos o protestantes y burgueses o aristócratas.

En el ámbito de la ciencia la dicotomía cultura/naturaleza condujo a una gran división: a un lado se colocaron la física y las ciencias naturales, las llamadas «ciencias duras»; al otro, las ciencias sociales y las humanidades, a saber, las «blandas». De este modo la realidad biocultural, compleja y

sistémica, se compartimentó, el conocimiento se fragmentó, legitimándose en los países occidentales la dualidad cultura/naturaleza «como único modelo interpretativo» (Santamarina Campos, 2009: 310).

No obstante, para concluir con estas breves ideas acerca de esa división, debemos destacar que la dualidad cultura/naturaleza y su pertinencia científica comenzaron a cuestionarse a partir de la década de los 80 del pasado siglo. Nuevas propuestas han venido emergiendo desde entonces en el campo científico, defendiendo el vínculo intrínseco entre lo cultural y lo natural, proponiendo nuevos planteamientos teóricos, metodológicos y de intervención (Maffi, 2007: 57), que las podríamos englobar dentro del pensamiento eco-bio-antroposocial, tal como lo propone Morin (1993: 117-118).

Aunque en la actualidad nuevas propuestas tratan de superar aquella polarización de la realidad y del conocimiento, no podemos dejar de lado las consecuencias que tuvo aquella dicotomía en el campo patrimonial: por un lado, el cultural; por otro, el natural. En un análisis histórico ya se aprecia que sus orígenes fueron diferentes, aunque algunas de las causas fueran las mismas (Ariño Villarroya, 2002: 138). El sentimiento de preservación de lo que entonces se denominaban antigüedades, que posteriormente se amplió al concepto de «patrimonio cultural», comenzó a aflorar a partir de 1790 como consecuencia de los cambios políticos, socioculturales y económicos que la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, la Revolución industrial y el auge de los nacionalismos trajeron a las sociedades europeas (Lowenthal, 2005: 83). La idea de que el patrimonio natural debía ser protegido emergió algo más tarde, a mediados del siglo XIX, principalmente en los Estados Unidos de Norteamérica. Ante la falta de una historia nacional y antigüedades y frente a los impactos de la industrialización, urbanización y modernidad, los colonizadores blancos americanos recurrieron a la naturaleza, en la cual ubicaron lo auténtico, lo prístino o lo bello, al igual que lo hicieron los europeos con las antigüedades (Lowenthal, 2005: 84). Toda huella humana —la de los pueblos indios, en ese caso—, signo de decadencia, fue borrada de los primeros parques naturales norteamericanos (Santamarina Campos, 2009: 39). De este modo, la dicotomía entre lo cultural y lo natural se afianzó en el campo del patrimonio, cuya consecuencia inmediata fue que historiadores y especialistas en las bellas artes se encargaron del primero y naturalistas del segundo. Sin embargo, como ya hemos afirmado, aquella polarización comenzó a cuestionarse hace unas pocas décadas, afianzándose progresivamente una *nueva* manera de abordar el patrimonio, en la que la cultura y la naturaleza son consideradas como partes de una totalidad. Así, por citar unos pocos ejemplos, todos ellos de 1992, tenemos las

resoluciones o conclusiones de la Cumbre de Río o del IV Congreso Mundial de Parques Nacionales y Áreas protegidas o la creación por parte de la UNESCO del Centro de Patrimonio Mundial en el que se unificaron los sectores de la cultura y la naturaleza. Además conceptos –tan en boga en la actualidad– como los de «sostenibilidad» o «diversidad» conducen a realizar intervenciones en los bienes culturales y naturales desde unas aproximaciones relacionales, sistémicas y complejas.

Sin embargo, consideramos que, si bien los pasos dados en los planos teórico y discursivo en la definición y defensa de unas aproximaciones relacionales, sistémicas y complejas al patrimonio han sido significativos, la práctica sigue siendo deudora en gran medida de los planteamientos decimonónicos. Como afirman Beltran Costa, Pascual Fernández y Vaccaro el mito de la naturaleza prístina permanece vigoroso (2008: 12).

De cuestiones discursivas y prácticas y de las interrelaciones entre la cultura y la naturaleza trata la segunda parte de esta publicación. Jaime Izquierdo, en su artículo, aboga por el establecimiento de mecanismos de acción efectivos que favorezcan la participación de las culturas campesinas en la gestión del patrimonio natural. Olivier Givre, por su parte, revela los efectos de los procesos colectivos e institucionales, es decir, culturales, y de la participación de los agentes o actores implicados o involucrados en la gestión del Parque natural de Haut-Jura (Francia). Orió Beltrán e Ismael Vaccaro, por último, nos trasladan al Parque Natural del Alt Pirineu en Pallars Sobirà (Cataluña), sosteniendo que los espacios naturales protegidos son, más allá de sus valores naturales *naturalizados*, instancias políticas y de gestión –a saber, culturales–, en las que entran en juego los intereses de los diferentes actores vinculados, directa o indirectamente, con dichos espacios.

Además de esas cuestiones relativas a la cultura y la naturaleza y a sus procesos de patrimonialización, esta publicación aborda otras dos cuestiones en la primera y tercera parte. En la primera, se diserta acerca de las funciones que cumplen los museos, más allá de las vinculadas con el conocimiento y la conservación de los bienes culturales. Así, Jean-François Leclerc y Anelio Merry López exponen el potencial que tienen los museos como instrumentos favorecedores del desarrollo local y fortalecedores de la identidad local. Por un lado, en una sociedad tan diversa como la de Montreal, el Centre d'histoire se presenta como una institución que busca transcender sus muros para ponerse al servicio de la comunidad con el objetivo, entre otros, de ser un catalizador social y cultural. Por otro, los museos comunitarios de Kuna Yala (Panamá) se muestran como instrumentos encaminados a favorecer el

reencuentro de las comunidades indígenas con su pasado, para proyectarse al futuro en un contexto de tendencias globalizadoras económicas, sociales y culturales, amenazadoras de su identidad cultural. Por su parte, ofreciendo otra aproximación a la función de los museos, Javier Martí aborda la influencia del turismo en el devenir de los museos, una de las principales causas, sino la única, del boom museístico de los últimos años. Sin embargo, deslumbrados por los reflejos del titanio del Guggenheim-Bilbao, podemos afirmar que pocos gestores, técnicos o políticos, se han preocupado por desarrollar museos integrales. «Construyamos museos que la afluencia de turistas está garantizada» ha sido un eslogan ampliamente difundido y aceptado por muchos agentes políticos y culturales. La razón económica, puramente instrumental, se ha impuesto en amplios sectores vinculados con los museos, obviándose o, más bien, desconociendo las funciones sociales, culturales y científicas que deben legitimar la construcción de dichas infraestructuras culturales. Si en tiempos de bonanza económica ese fin y ese eslogan presentaban amplias lagunas, qué decir en tiempos de crisis. ¿Qué hacemos con los museos?, se preguntan ahora no pocos gestores y políticos ante la ausencia de turistas y la indiferencia de la población local. Por último, para concluir esta primera parte de libro, Juaco López Álvarez aborda la cuestión de las redes museísticas en Asturias, una potente herramienta encaminada a economizar recursos materiales y a maximizar el capital social, fortaleciendo sinergias, las cuales garantizarían la sostenibilidad de no pocos museos. Sin redes, la viabilidad de no pocos museos quedaría en entredicho, más si cabe en estos tiempos de crisis y recortes presupuestarios. Lamentablemente, nuestras investigaciones nos muestran que las redes museísticas y patrimoniales muchas veces no van más allá de una declaración de intenciones, de la búsqueda de unos recursos económicos muy concretos o de la intervención en una cuestión puntual.

Para concluir, en la parte tercera de la publicación se aborda la cuestión de la transmisión del conocimiento de la universidad a los agentes locales, así como de la implicación universitaria en las acciones patrimoniales o museísticas emprendidas por dichos agentes. No creemos caer en el error si afirmamos que en nuestro contexto territorial más próximo los trabajos universitarios relativos al patrimonio cultural y a los museos, en sus dimensiones sociales y culturales, apenas tienen eco entre los agentes locales. Encaustrados en nuestro mundo académico, elaboramos discursos que tratan más del *deber ser* que del *ser* del campo patrimonial y museístico. Nuestra distancia respecto al objeto de estudio puede favorecer la elaboración de unos discursos, planteamientos y propuestas diferentes y complementarios

—a priori ni mejores ni peores— que los formulados por aquellos otros agentes cuya distancia es menor o no existe con respecto al objeto. Sin embargo, muchas veces el objetivo de la literatura universitaria es el propio mundo académico, no buscando ninguna vinculación con aquello que es, o debiera ser su leimotif: los agentes que activan o ponen en valor el patrimonio. No obstante, quisiéramos afirmar también que alcanzar la complementariedad entre universitarios y agentes patrimoniales y museísticos no es fácil. Muchos de los agentes tienen todavía una concepción decimonónica de los museos y de los bienes culturales: así, de las *nuevas* aportaciones teóricas que se han venido realizando desde la década de los 60 del pasado siglo, la única que han incorporado, y solamente de una manera acrítica, ha sido la cuestión del turismo. Para superar todas esas contrariedades Joanne Burgess, directora del Laboratoire d'histoire et de patrimoine de Montréal, presenta en su artículo, entre otras cuestiones, diversas modalidades de colaboración entre los universitarios y los agentes locales.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIÑO VILLARROYA, A. (2002) «La expansión del patrimonio cultural», *Revista de occidente*, n. 250, p. 129-150.
- CUCHE, D. (2002) *La noción de cultura en las ciencias sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión
- BELTRAN COSTA, O., PASCUAL FERNÁNDEZ, J.J. y VACCARO, I. (2008) «Introducción. Espacios naturales protegidos, política y cultura», en *Patrimonialización de la naturaleza. El marco social de las políticas ambientales*, Donostia-San Sebastián, Ankulegi.
- LOWENTHAL, D. (2005) «Natural and cultural heritage», *International Journal of Heritage Studies*, n. 11-1, p. 81-92.
- MAFFI, L. (2007) «Bio-cultural diversity for endogenous development: Lessons from research, policy and on-the-ground experiences», en *Endogenous Development and Biocultural Diversity*, Leusden, Compas & Centre for Development and Environment, p. 56-66.
- MORIN, E. (1993) *El método: la vida de la vida*, Madrid, Cátedra.
- RATZEL, F. (1888) *Las razas humanas*, Barcelona, Montaner y Simón Editores, t. 1.

- SANTAMARINA CAMPOS, B. (2009) «De parques y naturalezas. Enunciados, cimientos y dispositivos», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, n. LXIV-1, p. 297-324.
- TYLOR, E. B. (1977) *Cultura primitiva I: los orígenes de la cultura*, Madrid, Ayuso.
- VELASCO, H. y DÍAZ DE RADA, Á. (2003) *La lógica de la investigación etnográfica*, Madrid, Trotta.